

De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la insula,
con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sujeto que tenian para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque á Sancho, que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dijo: "Despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte, en mí, la gana que tenia tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que, á mi parecer, no habia mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor insula del mundo.—Mirad, amigo Sancho, respondió el duque: yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña; que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias: lo que puedo dar, os doy, que es una insula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde, si vos os sabeis dar maña, podeis, con las riquezas de la tierra, granjear las del

cielo.—Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador que, á pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto, no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador.—Si una vez lo probais, Sancho, dijo el duque, comeros héis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. Á buen seguro, que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese, en la mitad del alma, del tiempo que hubiere dejado de serlo.—Señor, replicó Sancho; yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un hato de ganado.—Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el duque; y yo espero que sereis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid, que mañana en ese mismo dia habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida.—Vistanme, dijo Sancho, como quisieren; que, de cualquier manera que vaya vestido, seré *Sancho Panza*.—Así es verdad, dijo el duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa; que no seria bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido, parte de letrado y parte de capitán; porque, en la ínsula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.—Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A, B, C; pero bástame tener el *Christus* en la memoria, para ser buen gobernador. De las armas, manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante.—Con tan buena memoria, dijo el duque, no podrá Sancho errar en nada." En esto, llegó Don Quijote; y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia, con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y, con reposada voz, le dijo:

"Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que, antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vés premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir, que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí, sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te vés gobernador de una

ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ¡oh Sancho! para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que dés gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón á creer lo que te he dicho, está, ¡oh hijo! atento á este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto deste mar proceloso donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

"Primeramente, ¡oh hijo! has de temer á Dios; porque, en el temerle, está la sabiduría; y, siendo sábio, no podrás errar en nada.

"Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra.—Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero despues, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto, paréceme á mí que no hace al caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.—Así es verdad, replicó Don Quijote; por lo cual, los no de principios nobles, deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

"Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque, viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

"Mira, Sancho: si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

"Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

"Si trujeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza; porque, todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.